
DOS HISTORIAS, DOS CAMINOS

Logros y ausencias de una comparación

José Matos Mar, Francisco Zapata
y Viviane Brachet



JOSÉ MATOS MAR

MANTENER VIGENTE UNA REVISTA en nuestros días es una tarea titánica y altamente loable. Acrecentarla número a número significa que hay idea, creatividad, vocación, equipo y representatividad de una institución, grupo o personas dispuestas a esclarecer realidades, sembrar ideas y contribuir a ubicarlas en lo que es necesario conocer en concordancia con los requerimientos científicos y técnicos de los nuevos y veloces tiempos que vivimos.

Todo esto es aún más aleccionador si la revista procede de una región, dado el tremendo centralismo que afecta la vida cultural y social del Perú.

Esta región sur peruana, la mancha india, el trapecio andino, siempre fue una área orgullosa de su identidad andina quechua, por haber sido el núcleo del primer intento autónomo de forjar y organizar, con un estilo propio y singular, el Tahuantisuyu, lo que sería hoy un Estado panandino. Desde allí surgieron voces preclaras, mensajes, protestas,

JOSÉ MATOS MAR

cuestionamientos y numerosos movimientos contestatarios que exigían una auténtica identidad nacional, acorde con la real sociedad nacional andina, una nación pluricultural y multilingüe, un reconocimiento de lo indígena en su verdadera dimensión. Es decir, contribuir a la creación de un Estado nacional andino y democrático, representativo de un espacio multicultural como es el Perú.

Allpanchis, una voz provinciana del Instituto de Pastoral Andina, sin desmayo y con puntualidad, desde hace 29 años, lenta, tesonera e inteligentemente, ofrece artículos y ensayos que esclarecen realidades desconocidas en forma innovadora.

Este es el caso del número 49 que hoy comentamos: reúne un grupo de la nueva generación de científicos sociales e intelectuales peruanos y mexicanos en busca de una mejor aproximación al conocimiento de sus procesos y coyunturas. Perú y México en perspectiva, «después de incas y aztecas», comparando con nuevas ópticas y análisis sus procesos políticos, sociales y culturales.

La búsqueda de un acercamiento para conocernos mejor es lo que late en todas las páginas de este número de la revista *Allpanchis*.

Esta importante tarea, a pesar de su tremenda complejidad, tiene una gran vigencia: comparar dos regiones o dos áreas culturales que hasta 1492 habían llegado a ser sede de los dos más evolucionados desarrollos en toda América. Y no sólo en este continente, sino a nivel mundial. Su gesta forma parte de las pocas culturas madres universales, como China, Mesopotamia, Egipto e India, las cuales inventaron una manera de organizar el ser humano en sus respectivos espacios, a su escala y ritmo, independientemente, sin imposiciones, buscando conformar una sociedad nacional racional, soberana, con identidad propia, eficaz, humana, de pleno empleo y de bienestar generalizado para todos sus habitantes.

Un trasfondo de gran densidad histórica. De tres a cinco mil años antes de Cristo. De treinta a cincuenta siglos de

«DESPUES DE INCAS Y AZTECAS»

desarrollo autónomo y creciente de múltiples grupos en múltiples espacios regionales y microrregionales que culminaron acumulativamente en Mesoamérica con el predominio de mexicas-aztecas, y en el área andina con los inicios del Estado panandino de los incas.

Después, tres siglos de situación colonial. En un nuevo derrotero se desarrollaron en sus espacios indígenas los dos más importantes virreinos españoles en América. Dando paso con ello al único cambio estructural en todo su proceso histórico y al comienzo de la tremenda diferenciación existente hoy entre México y Perú.

El primero se constituyó en el núcleo del espacio indígena y el Perú en un espacio lejano, la costa. A diferencia de México, donde el eje articulador colonial y después republicano fue el mismo donde se desarrolló el gran desarrollo indígena, en el Perú el cambio de eje articulador de la sierra (donde estaba Cusco) a la costa dio paso a un tremendo contraste entre ambas regiones y a una tremenda discriminación entre lo costeño, criollo y europeizante, y la sierra indígena, marginada y menospreciada racialmente. El resultado fue que, durante la Colonia y la República, lo indígena no fuera parte sustantiva de su desarrollo y, por consecuencia, la mayoritaria población quechua y aimara quedara sólo como grupo lingüístico y no como un fuerte y dinámico grupo étnico. En cambio, en México, la presencia de más de 60 grupos étnicos con sus propias identidades es hasta hoy parte sustantiva de su estructura social y cultural.

Elisa Speckman, al analizar, a través de la acción del primer virrey de México, Antonio de Mendoza, el trance inicial de construir el gobierno colonial oficial frente a la postura de los conquistadores, que querían implantar un sistema señorial, vuelve sobre el tema tratado por múltiples historiadores con nuevos aires y esclarecimientos. Organizar el gobierno colonial en todo lo que fue Mesoamérica demoró más de un siglo, mientras que en el Perú sólo una década. Interesante análisis sobre los conflictos entre los represen-

JOSÉ MATOS MAR

tantes del rey, la Corona, por establecer el sistema colonial y los intereses de los conquistadores reclamantes de ser los legítimos dueños.

Claudia Guarisco, por su parte, se aboca a esclarecer la concepción de la sociedad andina al momento de la conquista a través de una reconstrucción interpretativa del cronista indígena Felipe Guamán Poma de Ayala. Analizando el detalle de su discurso, la microhistoria, la referencia constante a moros y judíos, los marginados de aquí y de allá, busca reconstruir la concepción que tenía Guamán Poma sobre la sociedad de su tiempo y su conexión mental y cultural con la España de entonces. Inaugura así un camino a seguir para estudiar e interpretar de manera diferente la información que proporcionan los más de 130 cronistas y los innumerables y heterogéneos documentos existentes para este momento histórico, como son los cientos de expedientes de idolatrías, curatos, testamentarías, etc. Combinando la frase como unidad de análisis, en la que la categoría de moros y cristianos aparece inserta, complementándola con referencias a los mitemas (personas y acciones dentro del mito) y situando las ideas identificadas en el arco ideológico de la España de su tiempo, en forma descriptiva y a partir de tópicos del imaginario de Guamán Poma y algunos temas dominantes, intenta una reconstrucción de lo que pensaba el cronista indígena sobre el mundo colonial en que estaba inserto.

Continuando el derrotero, ambas áreas se desmembran y van adquiriendo los contornos de lo que son los países que ahora las integran. Mesoamérica, que en 1492 comprendía una buena parte del sur de Estados Unidos de Norteamérica y una parte menor de América Central, da paso a lo que es México actualmente, Guatemala, Belice y parte del sur de Estados Unidos de Norteamérica. Mientras que en el área andina surgen, junto con Perú, Bolivia y Ecuador. Aparecen así las nuevas repúblicas independientes a partir de 1821.

«DESPUÉS DE INCAS Y AZTECAS»

Morgan Quero para el caso peruano y Adrián Acosta para el mexicano, al interpretar este trance, recalcan que para ambos países fue el comienzo de una gran tarea inconclusa: una débil y precaria sociedad y Estado nacionales, limitada soberanía, frágil identidad nacional e inconclusa solución al problema indígena y étnico.

En ambos países el derrotero republicano fue casi similar hasta la década de 1850. Qué hacer con la nueva república: una continuación del sistema político español, una monarquía de otros países europeos o un federalismo a lo norteamericano. Una lucha por el poder centrada en los centros hegemónicos del poder colonial, una débil búsqueda ideológica sin plan y sin ideología nativa, intentando un modelo republicano liberal o conservador. Así pasaron cuatro décadas frustradas de gobiernos militares en México y en Perú.

Quero, con gran perspicacia, dice al respecto: «El Estado en representación como relevo. Como mediación ante una inexistente verdad u origen primigenio que sólo podía existir como garante de la referencia indisponible». Una afirmación de gran mérito que abre múltiples perspectivas a ser escudriñadas e interpretadas.

Ambos, Acosta y Quero, analizan la evolución del Estado políticamente. Inciden en su representación política y simbólica y en la necesidad de contar con instituciones que no coaccionen, sino que sean espacios donde se formule un discurso que otorgue sentido a la razón. Inciden en la necesidad de un análisis genealógico para comprender el proceso histórico, la formación del Estado y su capacidad de representar a una sociedad pluricultural, desgarrada por la violencia y la opresión. Y Acosta sienta las bases para entender por qué hoy México se encuentra inmerso en profundas modificaciones, impensadas e irreconocibles para unos y para otros, y por qué un nuevo México ingresa al siglo XXI.

Hemos mencionado que el derrotero fue casi idéntico hasta mediados del siglo pasado. Después, en un siglo y medio, 1850 a 1998, la distancia y diferenciación entre Méxi-

JOSÉ MATOS MAR

co y Perú es abismal. El primero es el país latinoamericano más desarrollado y el Perú forma parte de uno de los países más pobres de la región. En México, en este lapso, el Estado liberal, desde 1857, intenta el primer ordenamiento del país y recién, desde 1867 hasta 1910, el general Porfirio Díaz sienta las bases del México moderno y actual. La revolución mexicana, en la década de 1910, reestructura el proceso y crea las condiciones para la instauración de un sistema político *sui generis* en América: el predominio de un partido que cada seis años, desde hace casi siete décadas, elige un presidente civil sin ninguna alteración de gobierno. El sistema mexicano de Estado y partido único. 150 años de gobierno de militares, luego gobierno de abogados y ahora gobierno de economistas o tecnócratas.

En Perú, recién en 1895 comienza el primer intento de organizar un Estado nacional y, por consiguiente, una modernización. Proceso conducido por una serie de gobiernos democráticos que continúan hasta fines de la década de 1920. Luego nuevamente gobiernos militares y civiles de normal e irregular duración, hasta 1968 en que las Fuerzas Armadas, lideradas por el general Juan Velasco Alvarado, en un proceso revolucionario estructural intentan construir un Estado nacional soberano, moderno y desarrollado. Experiencia corta y frustrada. En 1980 se reinicia un nuevo momento democrático con tres presidentes civiles. El último y actual gobernante, el presidente Fujimori, elegido en 1990 y reelegido en 1995, sin representatividad de un partido político, ordena el país y, en forma dictatorial y autoritaria, conduce no por los mejores caminos el ingreso del Perú al siglo XXI.

Esta historia corta es el tema de Acosta y Quero en lo político y de los otros autores al tratar la comparación de lo urbano, y en especial de sus ciudades capitales, de las relaciones interétnicas, de la función de los intelectuales y de la violencia política y la democracia.

La gesta de lo urbano, el proceso de urbanización en los dos países y la crisis del mundo rural son tratados por

«DESPUES DE INCAS Y AZTECAS»

Fanni Muñoz y Jorge Bracamonte. La primera, rastreando desde sus orígenes, 1890-1912, la formación de la cultura burguesa y su impacto en el devenir político. Resalta el papel de la élite dominante con su doble discurso: contra la élite tradicional y ante las clases populares, «queriendo civilizarlas» y así erigirse en conductora del país.

En cambio, en México la modernización pasa por el proceso de ciudadanía durante el régimen porfirista, como lo anota Bracamonte. Ocorre un proceso de urbanización y suburbanización manejado por la burguesía porfiriana en búsqueda de legitimación y un despertar de las clases populares en su lucha por el acceso a servicios básicos, por la toma de conciencia de su creciente diferenciación social y por el trato injusto, pero siempre buscando ser actores políticos para acabar con estas situaciones.

Mientras tanto, lo indígena, lo étnico, quedaba como estaba, siguiendo el derrotero iniciado en 1492, siempre apabullado, escamoteado, eludido, intentando desaparecer, por el mestizaje cultural y racial, la integración nacional, como tan bien lo describe Sara Makowski para el caso de México, o con una nueva salsa, como destaca Melgar al analizar, con tanto detalle y cuidado, la novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo* de José María Arguedas.

Melgar propone una relectura de la etnodiversidad ofrecida por Arguedas en su novela que discurre en Chimbote, puerto pesquero, centro siderúrgico y ciudad de una explosión demográfica única, *sui generis*, en Perú. En 1940 tenía 6.000 habitantes, la mayoría viviendo en barrios marginales o pueblos jóvenes. En 1956 tenía ya 30.000, en 1968, doce años después, sobrepasaba los 100.000, y hoy alberga más de 200.000 personas procedentes de todos los pueblos y comunidades de un país pluricultural y multilingüe como es el Perú.

En su relectura demuestra como Arguedas se adelantó a nuestro tiempo político e intelectual, otorgándole una lúcida y precoz visibilidad al encuentro de la pluralidad de

JOSÉ MATOS MAR

culturas en un puerto costeño, lejos del Ande, mediante un reencuentro de la antropología y la literatura, descubriendo las etnoidentidades y la propia identidad nacional en el universo del mal, espacio de redoblada hibridación cultural, así como también en sus anclajes escatológicos, reconstruyendo en su narrativa novelada la interacción de los diversos sectores étnicos y clasistas, yuxtaponiendo las múltiples mediaciones entre el bien y el mal a partir de la diversidad religiosa costeña y serrana y de la diversidad para recrear y añadir nuevos sentidos a los provenientes de la cultura occidental.

Makowski recorre el proceso de lo étnico en México desde la conquista hasta Chiapas en 1994, adelantándose a las tesis propuestas por Enrique Florescano en su último libro. En esta larga historia da cuenta de las diversas políticas indigenistas llevadas a cabo por el Estado y de cómo las élites construyeron un discurso para incorporar al indio y volverlo, al mismo tiempo, inofensivo para el orden nacional. La estrategia utilizada fue la ideología del mestizaje, la raza cósmica de Vasconcelos, base para proyectar la idea de una cultura nacional homogénea, monolingüe y no diferente.

Todo un gran problema que recorre toda nuestra historia colonial y republicana, siempre irresoluto porque no hubo ni hay hasta hoy decisión política en ninguno de nuestros gobiernos, a pesar de la presencia y emergencia con nuevo rostro de lo étnico en América.

Para no dejar de mencionarlos, dada la extensión de estos comentarios, los otros dos temas tratados son el papel de los intelectuales y el de la violencia política y la democracia. El discurso y la presencia de los intelectuales contribuyendo a forjar un Estado-nación como ideólogos, como asesores, participantes, críticos y con el riesgo de ser sólo tecnócratas y no humanistas.

Concluye este intento comparativo con la violencia y sus dos rostros en México y Perú. En éste subyacente, dura, de pobreza, y en el otro abierta, como movimiento, como guerrilla indígena.

«DESPUÉS DE INCAS Y AZTECAS»

El derrotero de los últimos cincuenta años del presente siglo queda en el tintero por su magnitud y extrema diferenciación. Dos procesos de urbanización y modernización contrastados, diferentes. Dos formas de violencia, fuera de lo común a todas las ciudades mundiales, la gesta guerrillera correlato de la guerra fría y la novedad de un movimiento incruento, ideológico, de pobreza, marginación y étnico.

Todo un número preñado de inquietudes y de apertura de horizontes promisoros.

FRANCISCO ZAPATA

Allpanchis cumple 29 años de vida y los celebra con un número titulado «Después de incas y aztecas», en el que se presentan trabajos sobre Perú y México a propósito de la época colonial, las ciudades a principios del siglo xx, la evolución del Estado, las relaciones interétnicas, las funciones de los intelectuales, la violencia política y la democracia.

En el desarrollo de cada uno de los temas aparece una visión original de sus autores, peruanos y mexicanos, de formaciones intelectuales muy diversas. Historiadores, politólogos y sociólogos que pertenecen todos a una nueva generación de científicos sociales. Formados en los años noventa, trabajan aquí temas viejos desde nuevas perspectivas. Esto suscita la posibilidad de contrastar las perspectivas con que estos temas se trataron hace treinta años, en los años sesenta, y cómo se tratan hoy. No obstante, es necesario mencionar, antes de proceder, que sorprende que en este número de *Allpanchis* no exista un par de trabajos acerca de las economías nacionales de Perú y México. Y sorprende todavía más que en ninguno de los trabajos incluidos se haga referencia al carácter minero de dichas economías. Volveremos en un momento sobre esta cuestión. Por lo demás, tampoco se hace presente una reflexión o mención de las problemáticas de las haciendas y de los campesinos. Esto refleja

FRANCISCO ZAPATA

bien el marco de referencia de la nueva generación de científicos sociales, lo cual también se refleja en los temas de tesis que se están elaborando en las instituciones de posgrado de ambos países. Las minas y el campo parecen haber desaparecido como objetos de estudio en esta década.

Por otro lado, como no existe, en mi lectura, un intento comparativo sistemático, es posible pensar en realizar un intento de comparación que permita sustentar la pertinencia de la idea de publicar este número de *Allpanchis*. Así, a pesar de que esto no esté plasmado en estos artículos, sí será posible, quizás, visualizar por qué valió la pena publicarlo y por qué en el futuro será necesario emprender la tarea comparativa que podrá generar hipótesis relevantes sobre el auge, el desarrollo y la decadencia de estos países.

Colocados en la perspectiva de los enfoques analíticos de los años sesenta, un primer aspecto que se habría subrayado es que México y Perú fueron virreinos en la época colonial y que esa característica marcó el devenir de ambos países por los tres siglos siguientes. Se habría insistido mucho en el poder de los virreyes y de los encomenderos, y en los lazos obligados del comercio de América con la madre patria. Una versión extrema de esta perspectiva fue el libro de Andrew Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo*, publicado en 1965, donde, según él, las estructuras económicas de las colonias españolas fueron siempre capitalistas¹. Se hacía notar que la amplitud de los territorios cubiertos y la riqueza enorme que estas tierras remitieron a España les dieron a ambas jurisdicciones una importancia muy grande en comparación con otros territorios de América Latina. Ocuparon un lugar estratégico en el imperio español. Por ello,

1 Es de interés hacer notar el carácter central de ese año de 1965 en la producción intelectual latinoamericana: en dicho año no sólo apareció el libro de Frank sino también los siguientes: Pablo González Casanova, *La democracia en México*, Editorial Era; Rodolfo Stavenhagen, «Siete tesis equivocadas sobre América Latina», *El Día*, junio; Régis Debray, *Révolution dans la révolution*, Ed. François Maspero, París, entre otros.

«DESPUES DE INCAS Y AZTECAS»

los procesos de independencia que tuvieron lugar en México y Perú tienen características más complejas que en otros países. La lealtad de las oligarquías a la Corona española y el lugar estratégico de esos territorios complicó más de lo debido la iniciativa de los criollos de establecer soberanías en esas tierras. Los Estados-nación que nacieron de las guerras de independencia en México y Perú fueron débiles: no se consolidaron sistemas políticos, como fue el caso de Chile, ni tampoco surgieron proyectos nacionales de largo alcance. Oligarquías divididas y caudillos pintorescos y sangrientos no fueron capaces de organizar un Estado y de construir una nación. Dejaron fuera del sistema social y político a las comunidades indígenas, que constituían cuantitativamente, como lo subrayó Mariátegui, más del 90% de la población total del Perú y quizás algo menos en México. Es de hacer notar que estos aspectos no constituyen el meollo de las preocupaciones de los autores, que refieren su análisis a la cuestión de la constitución del Estado en México y Perú: prefieren tomar otros aspectos, y en particular reflexionan acerca de los aspectos simbólicos del Estado nacional en ambos países.

Por otro lado, y quizás explicando lo anterior, tanto México como Perú fueron y son países mineros, lo cual, como ya lo mencionamos, también pasan de largo los autores de este número de *Allpanchis*. En los años sesenta, cualquier análisis de la realidad de estos países habría tomado en consideración la minería como sector clave del desenvolvimiento nacional. En efecto, a mi parecer, es difícil pensar acerca de México y Perú dejando de lado el hecho indiscutible de que, desde el siglo xvi hasta hoy, el peso de ambos países en la economía latinoamericana se define por la importancia del valor de las exportaciones mineras en el total del comercio exterior. La plata, el oro, el manganeso, el mercurio y otros minerales como el cobre y el zinc fueron la base de la economía colonial en ambos países. Más tarde, el azúcar, el algodón, el henequén y, por último, el petróleo, también tuvieron un importante peso en dichas economías. Las fluctua-

FRANCISCO ZAPATA

ciones de los precios de esas materias primas en el mercado internacional condicionaron los ritmos de desarrollo de ambos países. Se trató de un desarrollo económico ligado directamente a los ritmos de esa economía internacional.

Como consecuencia del carácter minero de las economías de México y Perú, la entrada del capital imperialista a fines del siglo xix impactó fuertemente en ellos. Así, primero los ingleses y más tarde los americanos tuvieron y tienen una influencia fuerte sobre el desenvolvimiento de ese sector productivo en cada país. Los ferrocarriles, las minas, las haciendas azucareras, los puertos, los servicios financieros, todo ello estuvo desde el inicio penetrado por capitalistas ingleses y norteamericanos.

La alianza entre las oligarquías terratenientes, que buscaban las rentas aduaneras más que el control sobre la producción y la venta de esos productos, y los capitalistas extranjeros fue el factor dominante de la historia del Perú entre 1860 y 1930 y de la historia de México entre 1876 y 1920. Tanto la ocupación francesa (1862-1867) y la apropiación de los yacimientos petroleros por ingleses, holandeses y norteamericanos (1900-1910) en México, como la Guerra del Pacífico entre Perú, Bolivia y Chile (1879-1883) y la apropiación de las minas de la sierra central del Perú por ingleses y norteamericanos en las primeras dos décadas del siglo xx son claras manifestaciones del interés de las potencias de la época por controlar las riquezas mineras y agroindustriales. La presencia de franceses, ingleses y norteamericanos en estos conflictos bélicos, en los cuales los sectores conservadores de las sociedades nacionales intervinieron directamente a favor de las potencias imperiales, ilustra bien la tesis de la penetración imperialista, al menos en estos dos países, y contribuye a fundamentar los planteamientos de los teóricos del enfoque de la dependencia en los años sesenta.

En otro ámbito, referido al siglo xx, es interesante anotar que tanto en México como en Perú surgen movimientos políticos animados por planteamientos ideológicos naciona-

«DESPUÉS DE INCAS Y AZTECAS»

listas-revolucionarios, colocados en un contexto de fuerte implantación de capital extranjero. Tanto en el Perú de Leguía como en el México de Porfirio Díaz tenemos la presencia de ideólogos que, como Andrés Molina Enríquez o los Flores Magón, o Manuel González Prada y, más tarde, Mariátegui o Haya de la Torre, van a animar debates ideológicos de profundas consecuencias políticas. Ello tendrá un efecto interesante: la presencia del nacionalismo revolucionario competirá con el desarrollo de las posturas marxistas en el movimiento obrero, situación que será una de las bases del populismo que caracterizó a la política en ambos países desde los años treinta en adelante.

Sin embargo, habría que aclarar que, en el Perú, el APRA fue excluido del juego político y relegado a las catacumbas, mientras que en México los partidos Nacional-Revolucionario (PNR-1928) y de la Revolución Mexicana (PRM-1938), y más tarde el Partido Revolucionario Institucional (PRI-1948), surgieron poderosamente durante el período 1938-1948. Las consecuencias de esta situación no se dejaron esperar: en México, a través de la promulgación de la ley de reforma agraria (1936) y del decreto de la expropiación petrolera (1938), Lázaro Cárdenas concretó el proyecto de la revolución mexicana, mientras que en el Perú todo el potencial revolucionario del APRA quedó pendiente con el golpe de Estado de Sánchez Cerro en 1932. Sólo con el advenimiento al poder del general Velasco Alvarado, en 1968, una parte de la agenda nacionalista revolucionaria pudo finalmente implementarse en el Perú.

En efecto, el año 1968 constituye el gran parteaguas de la comparación entre estos dos países. En el Perú, dicho año está asociado a la realización de la reforma agraria, a la nacionalización de la gran minería y del petróleo, a la reivindicación del quechua y también a un intenso cambio de correlación de fuerzas entre la oligarquía y el pueblo. Mientras que, en México, ese año está asociado al agotamiento del pacto nacionalista revolucionario, que reflejaba, ya en

VIVIANE BRACHET

ese año, el comienzo del fin de la agenda transformadora. Si bien el país cambió su estructura económica a través de una exitosa política de industrialización por sustitución de importaciones, que se reflejó en una tasa sostenida del producto bruto interno de más del 6% anual, relegó a la economía minera a un segundo plano y modificó radicalmente la correlación de fuerzas políticas. La matanza del 2 de octubre en la plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco cuestionó definitivamente las bases del pacto de dominación de los años treinta.

En suma, todos estos elementos permiten confirmar la pertinencia de una comparación sistemática entre los territorios de incas y aztecas, cuestión que a mi parecer quedó pendiente en este número de *Allpanchis*.

VIVIANE BRACHET

¿Por qué México y Perú? ¿Cómo México y Perú? No se trata de unir los dos países bajo un modelo teórico único, en el que cada país representaría valores distintos (por cierto, con una muestra de dos, lo cual difícilmente podría ser preferible a la significación estadística) de un mismo conjunto. Creo que la investigación social ha tomado dos rumbos, dejando este tipo de diseño para la descripción de poblaciones amplias.

Tampoco podemos colocar a México y Perú en lugares distintos dentro de un gran proceso maestro que nos guíe hacia el futuro. Si los años pasados nos han enseñado algo, es que no hay rutas únicas seguidas por todos a ritmos distintos. Aunque sí hemos podido constatar que los tiempos históricos para un país y otro no son iguales. No es lo mismo el tiempo de la invasión chilena del Perú y los primeros decenios del Porfiriato. Pero tampoco uno representa un tiempo anterior o posterior al otro.

Tampoco se trata de multiplicar los estudios de casos -centrales, regionales o locales- sin tener ideas matrices que

«DESPUES DE INCAS Y AZTECAS»

los unan. Optar por esta vía nos llevaría a concluir que la investigación social se parece a una tienda de curiosidades.

Entonces, *¿qué debemos hacer?* Primero, renunciar a los supuestos demasiados simplificadores que excluyen del análisis elementos claves de la realidad. Hace veinte años, o incluso más, la capacidad humana de acción y de elección entre varias opciones se negaba en la mayor parte de la investigación social. Supuestamente, el sujeto social estaba atrapado en las estructuras. Eramos el producto de nuestra clase social, de nuestra ubicación en la estructura ocupacional, o de nuestra colocación en jerarquías de poder. El Estado, la estructura por excelencia, lo explicaba todo, inclusive las revoluciones sociales.

A partir de los años ochenta, el péndulo se ha ido al otro extremo. Ahora somos agentes libres e hiperacionales. La racionalidad humana, liberada de las fuerzas de la socialización previa, es capaz de todo, inclusive de transformar las estructuras autoritarias políticas en democráticas.

Ya que se cometieron tales excesos, no nos queda más que admitir que no somos ni el juguete de las estructuras ni los agentes libres de prejuicios, hábitos y preferencias poco adecuadas a los fines que creemos que nos proponemos; y que tampoco los sucesos son el resultado esperado de las elecciones que se ejercen.

Tenemos que trazar una vía intermedia que consiste en entender las estructuras, el peso de la historia, pero también las opciones ejercidas y sus resultados, muchas veces no anticipados: ésta es la noción de *camino*.

Con esto, volvemos al caso de México y Perú. En efecto, estos dos países son casos ideales para adoptar una visión de caminos: tienen un punto de partida muy semejante, pero una historia profundamente divergente. Como dice Florencia Mallon en su libro *Peasant and Nation*, cuando constata las semejanzas iniciales y divergencias subsecuentes de los dos países: «¿qué pasó?» *What happened?*

La dotación histórica inicial -el peso de la historia-, tan parecida de los dos países, representa el punto de parti-

VIVIANE BRACHET

da estructural. Al iniciarse la independencia en ambos países, pesa el pasado colonial del virreinato, y las relaciones entre criollos y población indígena que éstos implicaron para la fragmentación territorial de las élites terratenientes; y también pesan las grandes dificultades en lograr la unificación territorial e institucional que posibilite la formación de un Estado nacional. *Pesan, pero no determinan*. Estos son los limitantes dentro de los cuales se desarrollan los proyectos humanos y se hacen *elecciones*.

Dentro de esta visión, la tarea de la investigación sociohistórica es trazar los caminos: dónde se encuentran los puntos críticos de inflexión; de qué manera los sucesos, a su vez, refuerzan o debilitan las estructuras heredadas del pasado; quiénes son los agentes principales del cambio, tanto desde abajo como desde arriba, y qué tipo de proyectos nacionales configuran.

Aquí no hay procesos maestros, pero sí procesos centrales que pesan enormemente en las demás actividades sociales: me refiero al proceso de formación del Estado. No me extenderé sobre este proceso, sólo señalaré que la formación de Estado, entendida como un largo y complejo proceso de *interacción entre Estado y sociedad*, es fundamental en el estudio del *camino* seguido por una sociedad. Estado y sociedad son, a la vez, estructura y agencia, permanencia y cambio. Estudiar los procesos, a veces paralelos y otras veces divergentes, que siguieron México y Perú podría constituir un excelente laboratorio para el enfoque de caminos.

Sólo falta que convenzamos a los detentores de financiamiento de que son válidas tales inquietudes teóricas. Aquí también el peso de las tradiciones en las fundaciones internacionales van en contra de tal proyecto. Pero esto no significa que no se puede llevar a cabo.

El Colegio de México, 19 de febrero de 1998.